



MISCE *L*ÁNEA

RELACIONES 77, INVIERNO 1999, VOL. XX



John H. Elliott
UNIVERSIDAD DE OXFORD

La situación de la historiografía a fines del siglo xx no es tan distinta de la del mundo: fragmentación al borde de la anarquía. Los viejos imperios y los viejos sistemas se han derrumbado ya o están en vías de hacerlo. La más radical historia marxista está desacreditada y la "histoire marxisante" es objeto de graves sospechas. La escuela de los *Annales* ha perdido su predominio. Los llamados revisionistas rechazan la historia conceptual de la generación precedente y reemplazan las interpretaciones socioeconómicas por la contingencia de los hechos cotidianos. Presenciamos un renacer de la historia narrativa, de la biografía y de la descripción de la alta política. Lo particular reemplaza a lo general; la historia nacional y local florecen. Hay momentos, ciertamente, en que se diría que la historiografía se halla donde estaba a fines del siglo xix, aunque sin el alcance, la ambición y el brillo de la imaginación histórica desplegada por los grandes historiadores de esa centuria.

Hay, desde luego, un elemento caricaturesco en esta descripción. Pasa por alto el profesionalismo de la moderna generación y su control de una gama de evidencias y de técnicas que van mucho más allá de las que sus predecesores decimonónicos se vieron precisados a dominar. Pasa por alto, asimismo, la brillante creatividad de la mejor literatura histórica moderna y su determinación de penetrar en los mundos privados del género o de la vida familiar a los que las generaciones anteriores no pudieron o no quisieron tener acceso. Hay veces en que los resultados tienen mucho de voyerismo histórico, aunque el balance de los logros es impresionante. Pero aun así no creo que sea aventurado describir la actual escena historiográfica como la del dominio de la atomización del conocimiento y de los intereses históricos.

¹ Es esta la versión en castellano de "Comparative history" publicado en *Historia a debate*, Carlos Barros, ed., Santiago de Compostela, 1993.

Si mi análisis es correcto, el desafío que enfrentamos es el de dar con medios para reconstituir los elementos dispares. Es preciso que sigamos la célebre exhortación del novelista E. M. Forster: "Sólo conéctelas". Hay muchas maneras de hacer conexiones históricas, pero creo que una de las más prometedoras, aunque también una de las más exigentes, es la de la historia comparativa. La historia comparativa nunca fue más necesaria que hoy.

El llamado a un abordaje comparativo del pasado no es, por supuesto, nada nuevo. Fue hecho con elocuencia hace setenta años por Marc Bloch en una reunión del Congreso Internacional de las Ciencias Históricas en Oslo, en una conferencia publicada más tarde en la *Revue de Synthèse Historique* del año 1925.² Lo reiteró Fritz Redlich en un artículo intitulado "Toward Comparative Historiography. Background and Problems", en *Kyklos*, la revista internacional de las ciencias sociales, en 1958.³ Unos veinticinco años más tarde, en su última obra, *L'identité de la France*, Fernand Braudel nuevamente se pronunció por la historia comparativa, "una historia que pretende comparar símil con símil; condición, a decir verdad, de toda ciencia social."⁴

No es fortuito que estos llamados hayan sido hechos por historiadores cuyo propio trabajo se hallaba fuertemente influido por las ciencias sociales, ya que los científicos sociales se han mostrado tradicionalmente más dispuestos que los historiadores a dar con respuestas a sus preguntas mediante la confrontación de símil con símil. El enfoque comparativo cuenta en sí mismo con un largo y distinguido linaje. El artículo de Redlich abre con Heródoto, Aristóteles y Plutarco, prosigue con una mirada pasajera a Vico y Montesquieu, y llega a los grandes estudios comparativos del siglo XIX: la filología comparada de Franz Bopp, la religión comparada de Max Müller, la jurisprudencia comparada de sir Henry Maine y la antropología comparada de sir James Frazer. El alcance de los logros es impresionante, pero la *historiografía* comparada, según señala, tardó en llegar; y en la medida en que haya llegado, lo ha hecho

² "Pour une histoire comparée des sociétés européennes", *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1925), pp. 15-50.

³ *Kyklos*, XI (1958), pp. 362-389.

⁴ *The Identity of France* (traducción al inglés de Siân Reynolds), 1, (Londres, 1988), p. 21.

más bien mediante las ciencias sociales. Aquí, como a menudo, Clío ha probado ser una renuente debutante.

Redlich propone tres razones para esa renuencia de la historia a sumarse a la danza de los comparatistas. La primera es que "la comparación conduce a un tipo específico de síntesis, y la síntesis en cualquier campo sólo es posible si se cuenta con un sustento monográfico satisfactorio". Prosigue diciendo, "sólo fue posible alcanzar la síntesis histórica mediante el método comparativo una vez que el horizonte de la historia mundial había sido sondeado de manera definitiva y el mapa del paisaje completado con toda minuciosidad".⁵ Redlich asumió que para 1958 el paisaje estaba adecuadamente delineado y que el tiempo era maduro para la síntesis, incluida aquella resultante del método comparativo con el fin de frenar lo que llamó "el aspecto desintegrador de la sobre especialización". Sin embargo sospecho que algunos historiadores hoy día aún dirían que las líneas siguen estando insuficientemente definidas como para hacer posible la historia comparativa y que quienes están preocupados por el aspecto "desintegrador de la sobre especialización" son aún minoría.

Redlich arguyó igualmente que el retraso en la aparición de la historiografía comparada se explicaba por el predominio largo, por un lado, del historicismo, con su énfasis en lo único, y por el otro del positivismo, tan seguro de que las leyes universales gobiernan los procesos históricos, que la historia comparativa carecía de todo sentido. Pudiera ser que el positivismo a fines del siglo xx esté muerto para cualquier propósito y designio, pero —acaso en parte por esta misma razón— el historicismo sigue en auge.

La tercera y última explicación de Redlich es de tipo metodológico. En terrenos como el de la historia política, en que la narrativa aún predomina, es menos probable que un acercamiento comparativo fructifique que en aquellos en que el tratamiento tópico y analítico está a la orden del día. Predijo además que si la historiografía comparada echaba raíces algún día, lo haría en la historia económica y social antes que en la política. Esta predicción es en gran medida certera, aunque ignora un terreno en que cierto acercamiento comparativo lleva ya algún tiem-

⁵ Redlich, pp. 376-377.

po consolidado, el de la historia institucional y administrativa. Aquí, como en muchas otras cosas, De Tocqueville resultó ser un espíritu pionero. Subsecuentemente, en las primeras décadas de este siglo, Otto Hintze escribió su propio estilo de historia comparada en una serie de ensayos pioneros sobre la organización militar y burocrática y los orígenes del gobierno representativo. Hintze mostraba tanto interés al menos en los orígenes comunes de las instituciones políticas europeas como en las diferencias entre ellas.⁶ Sin embargo las posibilidades de comparación han sido llevadas más allá por los historiadores que han trabajado después de la Segunda Guerra Mundial, en particular por los historiadores preocupados por la historia de los estamentos y los parlamentos europeos.⁷

La inspiración de Hintze derivó de los sociólogos, y en particular de Max Weber. En la última parte de este siglo algunos de los intentos más ambiciosos del estudio comparado del desarrollo político siguen siendo los de sociólogos y politólogos como Eisenstadt⁸ y Bendix,⁹ y son ellos quienes han instaurado el modelo. Sin embargo sus esfuerzos han sido acogidos con una notable falta de entusiasmo por parte de los historiadores profesionales. Indudablemente, parte de esa suspicacia se explica por envidias del gremio, aunque asimismo por una genuina y legítima preocupación en el sentido de que la variedad de la experiencia humana, que el historiador asume, se ve reducida a unos cuantos modelos simplistas a fin de encontrar cabida en una teoría más o menos predefinida. Alternativamente, la teoría parece admitir tantas excepciones que la clasificación de las vías hacia la modernización o de los tipos de revolución parece poco más que una laboriosa reiteración de lo obvio.

⁶ Véanse los ensayos en la sección "Comparative and administrative history" en *The Historical Essays of Otto Hintze*, ed. Felix Gilbert, Nueva York, 1975, y la introducción de Gilbert, p. 14.

⁷ Véase por ejemplo, H. G. Koenigsberger, "Dominium Regale or Dominium Politicum et Regale: Monarchies and Parliaments in Early Modern Europe" en su *Politicians and Virtuosi*, Londres, 1986, cap. 1.

⁸ S. N. Eisenstadt, *The Political Systems of Empires: The Rise and Fall of Historical Bureaucratic Societies*, Nueva York, 1963.

⁹ Reinhard Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, 1964; nueva ed. de Berkeley y Los Ángeles, 1977.

Por su propia naturaleza, un enfoque comparativo implica una tensión intrínseca entre la generalización y lo particular. No sorprende, por lo tanto, que se hayan hecho críticas como esas a obras con una más alta especificidad de contenido histórico: *The Social Origins of Dictatorship and Democracy* de Barrington Moore,¹⁰ *The Modern World System* de Immanuel Wallerstein,¹¹ *The Lineages of the Absolutist State* de Perry Anderson,¹² y las diversas contribuciones de Charles Tilly sobre Estados y revoluciones¹³ o de Robert Brenner sobre la estructura agraria de la Europa industrial.¹⁴ Aun cuando estos historiadores han adoptado criterios muy diferentes, y algunos han mostrado ser más genuinamente comparatistas que otros, todos se han valido de comparaciones a fin de formular un conjunto de hipótesis sobre los procesos de largo plazo del desarrollo histórico.

Los historiadores, del todo conscientes acerca de las complejas tendencias de causa y efecto en su propia área de especialidad, desdeñan naturalmente las grandes síntesis que parecen sacrificar dichas complejidades en un afán por dar con la unidad fáctica, la del denominador común último. Si esto es historia comparada, no desean tener parte en ella. Sin embargo, bien haría a más de uno, antes de arrojar su piedra, acordarse que viven en sus propias vitrinas. Tomemos el ejemplo de dos afirmaciones históricas imaginarias, del tipo que todos encontramos en nuestra lectura: "A lo largo de su historia, los ingleses han mostrado genio para los acuerdos políticos", y "La muerte ha preocupado tradicionalmente a los españoles". En realidad ambas afirmaciones hacen comparaciones históricas implícitas. La primera afirma, efectivamente, que los ingleses han tenido más éxito en evitar el conflicto doméstico que sus vecinos del continente; especialmente los franceses ya se sabe. La se-

¹⁰ Boston, 1966.

¹¹ 2 vols., Nueva York, 1974 y 1980.

¹² Londres, 1974.

¹³ *The Rebellious Century, 1830-1930*, Cambridge, Mass. 1975; *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford, 1993.

¹⁴ "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe", *Past and Present*, 70, 1976, pp. 30-75; *The Brenner Debate*, eds. T. H. Aston y C. H. E. Philpin, Cambridge, 1985.

gunda sugiere que nadie puede ganarle a un español en la carrera de la morbosidad. Ahora bien, ambos presupuestos pudieran ser históricamente correctos, aunque no estoy enterado de que hayan sido puestos a prueba por el único método apropiado, la genuina comparación histórica. En tanto generalizaciones, son tan crudas como muchas de las que plantean los comparatistas declarados, e incluso podríamos aducir que resultan más peligrosas por no haber sido nunca comprobadas.

Es decir, como historiadores, todos hacemos comparaciones, sólo que algunos somos más conscientes que otros. Si hemos de comparar, es importante que lo hagamos con toda conciencia. La comparación puede tomar formas diversas y ser utilizada para varios fines. En su expresión más modesta puede empleársela con el propósito de ilustrar. Comparar para ilustrar es mercancía común entre los historiadores y resulta a menudo esclarecedora. Sin embargo yo no calificaría esto último de auténtica historia comparada, lo cual exige ir más allá de la ilustración, hasta el plano de la explicación y del análisis. La sola yuxtaposición no basta. Decirnos, por ejemplo, que Carlos I de Inglaterra careció de sistemas regulares de impuestos como la *taille* en Francia o los millones en España,¹⁵ pone de relieve su predicamento pero no hace nada por explicarlo. En el otro extremo de la escala hallamos esfuerzos de síntesis de considerable magnitud, del tipo que ya he mencionado, que derivan su inspiración de las ciencias sociales y que en mayor o menor medida comparten con ellas la aspiración por revelar las leyes y procesos subyacentes al desarrollo de la humanidad. Por más defectuosos que sean los resultados, el sólo esfuerzo de comparar puede tener aquí consecuencias estimulantes: se sugieren nuevas hipótesis y se rompen las barreras de la historia especializada. ¿Dónde estaríamos, por ejemplo, sin las nociones de centro y periferia, con todo y que bajo un examen cuidadoso lo que un historiador considera centro puede ser periférico para otro? Incluso, este mismo proceso de indagación más directa anticipa el por qué esa historia comparada tan amplia jamás será del todo satisfactoria. Desde mi punto de vista, la inquietud por la instancia individual y el hecho particular, propia de la tradición del historiador humanista,

¹⁵ Kevin Sharpe, *The Personal Rule of Charles I*, New Haven y Londres, 1992, p. 123.

imposibilitará siempre la aceptación plena de lo que se ha llamado "historia comparada macro-analítica."¹⁶

En algún sitio entre estas aproximaciones minimalistas y maximalistas existe un ámbito medio de historia comparada de la que, a mi entender, anunciaba Marc Bloch. Se trata de una historia comparativa de ambiciones más modestas que las de la historia comparada macro-analítica que, en palabras de Bloch, "no lo puede todo; en la ciencia no hay panaceas."¹⁷ Con todo, es bastante ambigua como para presentar dificultades técnicas enormes, lo cual acaso sea la razón de por qué, a pesar de todos los esfuerzos de Bloch, no ha sido más practicada generalmente. Pero tiene posibilidades reales como lo vio y demostró Bloch, especialmente si se reconocen sus límites y se identifican y aceptan francamente sus problemas técnicos.

Primeramente, ¿qué es lo que buscamos cuando intentamos comparar? La primera, evidente respuesta, sería que buscamos semejanzas; pero es aquí, a mi juicio, donde empiezan los problemas. El afán natural del historiador que compara implica resaltar los rasgos comunes y opacar las diferencias. Esto se debe en parte a que, de no surgir rasgos comunes, no habrá razón para comparar un objeto con otro. Sin embargo creo que ese afán constituye asimismo, al menos en parte, una reacción estética. Hablo aquí como quien ha intentado un acercamiento biográfico comparado en mi *Richelieu and Olivares*,¹⁸ del que me serviré para algunos de mis ejemplos. En mis intentos por comparar y contrastar a los dos estadistas, a la vez rivales políticos, advertí que entre los pasajes más fáciles de escribir estaban los que describían a ambos ministros cuando enfrentaban problemas semejantes y propiciaban respuestas iguales. Olivares, por ejemplo, propone planes de reactivación naval y comercial y Richelieu hace otro tanto. En esta situación no es difícil redactar uno o dos párrafos en que se discuten en interrelación sus móviles y políticas. Los datos tienen una coherencia interna que puede ser

¹⁶ Theda Skocpol y Margaret Somers, "The Uses of Comparative History in Macro-social Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, 22, 1980, pp. 174-97, especialmente la p. 181.

¹⁷ "Pour une histoire comparée", p. 15.

¹⁸ Cambridge, 1984.

sucintamente presentada. Pero en otras áreas no existe comunidad de problemas. Richelieu, por ejemplo, enfrenta una disidencia religiosa, mientras que Olivares no. Es evidente que cualquier relato de la gestión de Richelieu estaría claramente distorsionado si no se dedicara el espacio suficiente a sus dificultades con los hugonotes; no obstante, desde el punto de vista artístico es difícil integrar ese material en un volumen que pretenda seguir el paralelo de ambas carreras ministeriales.

Aun así es imprescindible hacerlo, y no sólo en provecho de la comparación. El objeto de la historia comparativa no consiste exclusivamente en dar con semejanzas, sino también en identificar diferencias. Si España era un país unificado religiosamente y Francia no, las implicaciones de esta diferencia se extienden a todas las esferas de la vida nacional y afectan la totalidad del carácter de la política nacional e internacional. En todo lo concerniente a los ministerios de Richelieu y Olivares, esa diferencia significa que este último no tenía por qué temer la combinación de la oposición religiosa y política que enfrentaba su rival, el cardenal. Los enemigos del conde duque, a diferencia de sus homólogos franceses, carecen en su arsenal político del arma de la religión como importante principio legitimador. Una vez enterados de lo difícil que fue para los nobles españoles opuestos al régimen de España encontrar argumentos para recurrir a las armas, comprendemos asimismo que Richelieu se halló en mucho mayor peligro que su rival de ser depuesto.

En este caso, con identificar una diferencia y haber perseguido sus implicaciones fue posible alcanzar ciertas conclusiones sugerentes en torno a la conducta política y a las razones que la explican en las dos sociedades que intentamos comparar. Sin el contraste inicial entre la Francia de Luis XIII y la España de Felipe IV podríamos no haber reparado en el alto grado de consenso religioso en España como posible explicación de la debilidad de la oposición política contra un régimen impopular. La identificación de diferencias mediante una aproximación comparativa puede, por lo visto, abrir nuevas áreas de indagación conforme exploramos las razones de tales diferencias y evaluamos sus posibles implicaciones.

Queda, sin embargo, una paradoja inherente al procedimiento que compara para identificar diferencias. En cuanto se empiezan a sondear, estas últimas muestran una tendencia a ensancharse con el consecuente

incremento en la disparidad de nuestras dos unidades de comparación. Cuando esto sucede, las razones para comparar las dos unidades particulares, en este caso Francia y España, pierden su anterior contundencia. ¿No sería acaso más útil comparar la Francia de Luis XIII con la Inglaterra de Carlos I, otra sociedad del siglo XVII en la que, a diferencia de España, la oposición religiosa y política hizo causa común? Sin embargo, aquí también nos encontramos enfrentados de inmediato a discrepancias enormes; más grandes aún que aquellas entre Francia y España, puesto que una de las nuevas unidades de comparación es predominantemente católica mientras la otra es protestante.

La tensión persistente entre similitud y diferencia yace en el núcleo mismo de la empresa comparativa. Pienso que debe ser reconocida abiertamente y vista como lo que es: una oportunidad para juegos de creatividad en un contexto con limitaciones precisas. La mejor manera de proceder es considerar la historia comparativa como lo hizo Marc Bloch, como un instrumento para plantear y probar hipótesis.¹⁹ En efecto, ella nos brinda un método útil para descubrir si lo particular tiene una resonancia más amplia y si lo general posee variaciones individuales importantes.

Tomemos por ejemplo el tema de las actitudes frente a la pobreza y la beneficencia en la Europa del siglo XVI. Con el espectacular aumento de población y las disparidades crecientes entre ricos y pobres, los gobiernos central y municipales enfrentaron severos problemas con la vagancia y el desorden público. Los historiadores británicos de fines del siglo XIX y principios del XX realizaron asombrosos estudios de las respuestas de la Inglaterra de los Tudor al reto; respuestas que combinaron esquemas imaginativos de beneficencia con cierta legislación social altamente represiva. Tales historiadores eran conscientes de que otros estados europeos del mismo siglo también promulgaron decretos y ordenanzas destinados a abatir los problemas de la pobreza y la disolución social. Conciencia de la que surgió la tesis muy influyente de que existía una severa diferencia de las actitudes hacia la pobreza en las sociedades protestantes, dominadas por una fuerte ética del trabajo, y las sociedades católicas que concebían la donación de limosnas como un instru-

¹⁹ Véase William H. Sewell Jr., "Marc Bloch and the Logic of Comparative History," *History and Theory*, núm. 6, 1967, pp. 208-18.

mento para la salvación de las almas. Una generación posterior de historiadores –y aquí me refiero en particular al trabajo de Brian Pullan sobre la Venecia del siglo xvi²⁰– examinó más de cerca tanto la práctica como la teoría para la Europa católica, y concluyó que hubo más semejanzas que contrastes en las actitudes de las sociedades protestantes y católicas frente al alivio de la pobreza. Pero aún dejó diferencias importantes por explicar, y hace poco tiempo Paul Slack ha identificado algunos contrastes significativos entre las respuestas inglesa y francesa, para los que ha propuesto algunas explicaciones tentativas, incluida la relativa ausencia en Inglaterra de grandes ciudades así como de autonomía provincial.²¹

Esto me parece un buen ejemplo de cómo hacer avanzar la comprensión histórica al efectuar y luego afinar las comparaciones. Al así hacerlo podemos esperar tanto eliminar malos entendidos, como dar con nuevas preguntas. Un enfoque concebido en términos de planteamiento y prueba de hipótesis tiene la gran ventaja de hacer flexible la selección de nuestras comparaciones. Podemos acogerlas o desecharlas conforme se ajusten a nuestros propósitos, sin que sea necesario ir a buscarlas más allá del punto en que nos faciliten el acceso progresivo al núcleo del problema que estudiamos.

Esto dicho, hay un número de problemas prácticos que cada historiador que compara está llamado a enfrentar, y a estos problemas quisiera dedicar el resto de este artículo. En primer lugar, ¿cómo escoger nuestros sujetos de comparación? La exhortación de Braudel de “comparar símil con símil” no es tan fácil de seguir cuando, visto más de cerca, el símil se vuelve disímil. Pero, ¿qué tanto importa? A menudo se objeta que las manzanas y las naranjas no se pueden comparar. Si bien esto es cierto por cuanto al gusto se refiere, unas y otras comparten seguramente suficientes elementos para permitir otro tipo de preguntas. ¿Cuáles, por ejemplo, son más factibles de producir a un menor costo? ¿cuáles son más nutritivas? y ¿cuáles duran más? Evidentemente selec-

²⁰ Pullan, *Rich and Poor in Renaissance Venice*, Oxford, 1971; “Catholics and the Poor in Early Modern Europe”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª Serie, 26, 1976, pp. 15-34.

²¹ Paul Slack, *Poverty and Policy in Tudor England*, Oxford, 1988, pp. 8-14.

cionamos nuestras unidades de comparación con al menos alguna idea en mente sobre las preguntas que queremos hacer; y sabemos que, con todas sus diferencias, es más probable que saquemos algo de comparar manzanas y naranjas que, digamos, manzanas y bombillas eléctricas.

Esto puede ser de utilidad para habérselas con la incomodidad de comparar unidades separadas en tiempo y espacio. Es evidente que, mientras más cercanas estén dichas unidades en el espacio y en el tiempo, más puntos de convergencia podremos encontrar. Como miembros de la misma civilización europea, es probable que en el siglo xvii Francia y España tuvieran más en común que cualquiera de ellas respecto de Bali. Sin embargo, esto no necesariamente descalifica una comparación franco-balinesa. Ciertamente la Francia de Luis xiv, con su ejemplar palacio de Versalles, pudiera ofrecer ciertos puntos notables de semejanza con el estado-teatro de Bali descrito por Clifford Geertz.²² Una comparación de pompa y circunstancia en las dos sociedades bien pudiera brindarnos algunas comprensiones reveladoras de la actitud del Rey Sol frente al poder, aun cuando nada nuevo nos dijera sobre sus razones para revocar el Edicto de Nantes.

Por lo tanto, las preguntas que planteemos conducirán nuestra selección de las unidades de comparación. Si por ejemplo, tratamos de analizar las razones del declive de los imperios, será deseable incluir tantos imperios como podamos, aunque siempre reconociendo que, mientras más imperios incluyamos, más alto habrá de ser el nivel de generalización. Si, por otra parte, nos preocupa el declive de un imperio en particular, por ejemplo el de España, y sospechamos que ciertas tendencias se repiten en el proceso del declive, el imperio romano resultará una unidad más útil de comparación que el imperio chino, ya que España se adscribe dentro de una tradición imperial de occidente que remonta hasta Roma, algo muy sabido por los mismos españoles. Pero con todo y la lejanía de China, ésta aún podría constituir un útil elemento de control para cualquier comparación hispano-romana de mayor magnitud, simplemente porque escrutar un tercer imperio hace posible destacar algún aspecto del declive que, de no hacerlo, hubiera podido escapar a nuestra atención; por ejemplo, el papel obstaculizador

²² Negara, *The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton, 1980.

de una burocracia imperial en la prevención de cambios esenciales para la supervivencia imperial.

Por lo tanto, no veo objeción intrínseca alguna en comparar sociedades remotas en tiempo y espacio, a condición de reconocer los fines que perseguimos al hacerlo, tanto como los límites propios de las conclusiones que anticipemos obtener. Me parece ciertamente que la mejor historia comparada de las últimas décadas es la que analiza fenómenos comparables en muy diferentes culturas. Un ejemplo evidente es el de la historia de la esclavitud. En un ensayo de historia comparada publicado en 1980, George Frederickson, él mismo autor de una ambiciosa comparación de la supremacía blanca en la Norteamérica británica y en la Sudáfrica holandesa,²³ revisó la historiografía de la esclavitud en las Américas a partir de la publicación en 1946 del famoso estudio de Frank Tannenbaum, *Slave and Citizen*.²⁴ Sus comparaciones le llevan a concluir que la esclavitud en Latinoamérica fue más moderada que en Norteamérica. Tannenbaum dio lugar a un debate que ha propiciado ciertas contribuciones notables y que hoy prosigue. Aun si con los años la tesis de este autor ha sido objeto de duras críticas, agudizó nuestra percepción de las variedades de esclavitud en las Américas y ha estimulado nuevas y más pertinentes cuestiones tales como la de por qué la liberación fue más fácilmente obtenida en Iberoamérica que en las colonias británicas.

Aquí tenemos, pues, un excelente ejemplo de cómo la historia comparativa puede ampliar y afinar los términos de la investigación histórica y del debate. La servidumbre, el feudalismo, la realeza, todas se prestan a este tipo de comparación intercultural, aunque siempre con la limitación intrínseca de que un fenómeno similar en diferentes medios puede asumir bajo un análisis más cercano tal variedad de formas y de contornos que su definición tiende a diluirse, al grado que la comparación poco puede hacer más allá de suministrar un marco de referencia general.

A pesar de las limitaciones de las que he hablado, considero que, —particularmente en el actual ambiente historiográfico—, existen argu-

²³ George M. Frederickson, *White Supremacy. A Comparative Study in American and South African History*, Nueva York, 1981.

²⁴ "Comparative History" en Michael Kammen, ed., *The Past Before Us*, Ithaca, 1980.

mentos suficientes para intentar un tipo de historia comparativa que implique una confrontación cercana y continua entre las unidades de comparación en gran escala. Lo digo como alguien que esperó únicamente escribir una historia como esa y que tuvo que conformarse con algo menor y que ahora se halla de nuevo embarcado en un proyecto comparativo de gran envergadura. Confío en la indulgencia de mis lectores por proponer ejemplos personales, pero los retos enfrentados al escribir historia comparada son más esclarecedores si surgen de la experiencia personal.

Como historiador no español de la España del siglo xvii, llegué naturalmente a esa historia con una visión previa de los procesos de dicha centuria al norte de los Pirineos. Guiado por lo tanto por el instinto, intenté desde un principio situar los procesos españoles en un contexto europeo más amplio. Llegó un momento en mis indagaciones en que, tan sólo para entender mejor a España, sentí la necesidad de mirar más sistemáticamente los paralelos y diferencias entre España y otras sociedades continentales. ¿De qué otra manera podía sopesar la pérdida de su supremacía europea en las décadas medias del siglo? La Francia de Luis XIII parecía la unidad de comparación obvia, por ser la vecina más próxima de España y su principal rival en la guerra.

Dos consideraciones mayores me hicieron repensar mi esquema; la primera fue mi propia ignorancia. Aun cuando estaba razonablemente bien informado de la escena española, sabía mucho menos de la política, la cultura y la sociedad francesas del siglo xvii. El tiempo y las lecturas pueden hasta cierto punto compensar la deficiencia, aunque es probable que pocos historiadores comparatistas se sientan cómodos en ambas o en todas las sociedades que se proponen comparar. Una respuesta posible a este desequilibrio de conocimientos es dar con un colaborador. Recientemente, por ejemplo, una historiadora de Inglaterra, Pauline Croft, y otro de España, Tony Thompson, colaboraron en un artículo que compara los mecanismos del sistema representativo bicameral en la Inglaterra de los Tudor y de los Estuardos, con el sistema de una sola cámara en la España de los Austrias.²⁵ Sus conclusiones –de que

²⁵ Pauline Croft y I. A. A. Thompson, "Aristocracy and Representative Government in Unicameral and Bicameral Institutions. The Role of the Peers in the Castilian Cortes

por consistir las cortes de Castilla exclusivamente de representantes de las ciudades carecieron de prestigio, y de que la nobleza castellana careció asimismo de un foro constitucional que permitiera la oposición— pudieran no ser del todo novedosas, sin embargo no cabe duda de que se adquiere una mayor precisión en las definiciones con este esfuerzo de experiencia combinada. Sospecho, no obstante, que este tipo de trabajos en común funciona mejor en proyectos que estén más claramente definidos y en un nivel especializado. Por lo que se refiere a comparaciones de gran calibre en que entra en juego un gran número de variables, una sola inteligencia histórica es necesaria para seleccionar el material y moldearlo en un estudio integrador. Sin esto, es probable que el resultado consista más en la yuxtaposición de las unidades de comparación que en su mutua confrontación.

El segundo problema importante que enfrenté en mi comparación franco-española fue el desequilibrio, ya no sólo de mi propio conocimiento, sino de la evidencia disponible. Hay en Francia muchas más fuentes primarias impresas de la época de Luis XIII de las que hay para la España de Felipe IV y, por otra parte, los historiadores franceses han escrito más monografías del siglo XVII que sus colegas españoles. Fui capaz de compensar este desequilibrio, al menos en parte, mediante mis propias indagaciones en archivos españoles, si bien no hubo manera de nivelar el terreno y de hacer más justa la contienda.

La información desigual será siempre un problema para el historiador que compara. Aun en casos donde las fuentes secundarias sean más o menos comparables en calidad y número, cosa de sí rara, es seguro que los huecos en los archivos o la mera falta de investigación signifiquen que a los flancos sólidos de información sobre la historia de un país correspondan flancos débiles para la historia de otro. Sabemos mucho más, por ejemplo, de la nobleza francesa del siglo XVII que de la española del mismo siglo; aunque algo menos de las complejidades de las finanzas francesas que de las españolas.

Mi respuesta a este reto fue sin duda cobarde, pues di marcha atrás de la idea de comparación directa entre ambas sociedades y reduje el

and the English Parliament, 1529-1664," *Bicameralisme*, H. W. Blom, W. P. Blockmans y H. de Schepper, eds., La Haya, 1992, pp. 63-86.

ámbito de mi estudio a la comparación entre Richelieu y Olivares, los dos ministros responsables de sus respectivos gobiernos. Esto me permitía acercarme y ejemplificar los más amplios problemas sociales y políticos, a la vez que hacía posible una comparación más ajustada e históricamente más manejable al enfocar a ambos sujetos. Aunque lamentado haber reducido la perspectiva, creo que en este caso se justificó; tan sólo porque el corpus más grande de información disponible para Richelieu resultó de alguna manera compensado por mi más íntima familiaridad con la carrera ministerial de su rival. Así, de alguna manera, nivelé mi propio terreno de juego.

A pesar de esto, en cada momento me vi enfrentado a la tarea de equilibrar la ignorancia con información y la información con ignorancia. La única respuesta a este problema de inadecuación consiste en hacer todo lo posible por mantener el balance y la proporción en el manejo de las dos unidades de comparación, al mismo tiempo que se es franco con el lector respecto de las posibles deficiencias del ejercicio comparativo. Es esencial que la comparación se muestre tan justa como sea humanamente posible.

También surgió un problema adicional, que no he visto mencionado en las discusiones sobre el arte (pues vacilo en llamarlo método) de la historia comparada. Se trata de explicar las semejanzas en los objetos de la comparación. Nada es, a primera vista, más satisfactorio para el historiador que compara, que dar con elementos de semejanza. Sin embargo, en cuanto ésta se advierte empiezan las dificultades: ¿qué tan profundas son las semejanzas? ¿son sólo superficiales? Suele suceder, como expongo al principio de mi libro, que Richelieu y Olivares eran ambos "hijos terceros de padres nobles empleados en el real servicio".²⁶ ¿Es mera coincidencia o esto nos dice algo importante, tanto de ambos hombres como de las sociedades en las que emergieron? Debo confesar que mi propia actitud frente a la historia me atrae a las ironías de la coincidencia, sin embargo también pienso que aun las coincidencias, si son tales, pueden aprovecharse para sostener importantes argumentos. En este caso particular, la coincidencia puede revelarnos algo de los problemas de los nobles provinciales de las sociedades de la Edad Moderna

²⁶ *Richelieu and Olivares*, p. 8.

para hallarle carrera a los hijos más jóvenes, y asimismo de las ventajas de contar con padres involucrados activamente en el servicio de la Corona. Hay, sin embargo, otra suerte de coincidencias que sólo parecen de interés pasajero: el que Richelieu y Olivares tuviesen aproximadamente la misma edad al morir, aquél cincuenta y siete y éste cincuenta y ocho años; es esta semejanza algo que no parece conducir a ningún sitio.

Asimismo, la semejanza puede surgir de la imitación. Al comparar a ambos estadistas rivales, es natural esperar que cada uno de ellos estuviera con un ojo en lo que hacía el otro. Hay semejanzas llamativas—según lo señale—, entre los programas de reforma en los que se embarcaron Richelieu y Olivares en los años de 1620. Pero mientras algunas de estas semejanzas pudieran atribuirse a la semejanza en los problemas estructurales que intentaban manejar, otras parecieran reflejar, ya sea una herencia intelectual compartida —por ejemplo las doctrinas políticas de Justo Lipsio— o la determinación de no ser opacado por el otro. En cada caso parece esencial indagar, tanto cuanto lo permita la evidencia, las razones de la semejanza. Sin embargo, no veo razón para asumir que las semejanzas que derivan de similitudes de estructura sean en sí mismas más significativas en algo que aquellas que lo hacen de la imitación recíproca. Ciertamente es tarea del historiador que compara analizar y explicar, siempre que sea posible, todos y cada uno de los puntos de semejanza así como de discrepancia entre las unidades de comparación. Es precisamente aquí donde la historia comparativa tiene tanto que ofrecer. Un especialista en historia francesa, por ejemplo, pudiera quedar asombrado ante la novedad de la propuesta de Richelieu en la Asamblea de Notables de 1627, de establecer un ejército permanente apoyado en cuotas provinciales. No parece haber precedente para tal sistema en la historia temprana de Francia.²⁷ Pero un historiador comparatista destacará las propuestas semejantes emitidas por España apenas un año antes. Esta mirada hacia el sur a través de los Pirineos habrá de situar súbitamente los planes de Richelieu en un contexto más amplio que propicia toda una nueva serie de preguntas en torno a los orígenes y al carácter de su programa de reformas.

²⁷ *Richelieu and Olivares*, pp. 80-81.

Desde mi punto de vista, es mediante la reformulación del contexto y la disposición de una agenda histórica novedosa, que se puede sacar mayor provecho de la historia comparativa, especialmente en este preciso momento en la historia de la historiografía. La actual atomización del conocimiento histórico a la que aludí al principio de este artículo ha reforzado la tendencia a uno de los pecados más recurrentes del historiador: la creencia en lo excepcional. Mientras que la excepcionalidad ha estado asociada específicamente a la historiografía de los Estados Unidos, tradicionalmente vistos por sus ciudadanos como un país de destino manifiesto,²⁸ está no obstante implícita en todas las historias nacionales. España es diferente; Francia es diferente; Inglaterra, por supuesto, es muy diferente. Todo lo que estos países parecen tener en común es su diferencia.

Mientras que sospecho, por mi propia lectura y experiencia, que la buena historia comparativa es más capaz de revelar contrastes que similitudes, no creo que asumir la diferencia –los rasgos excepcionales de la sociedad seleccionada– sea el punto de partida apropiado para un historiador. Dar por hecho la exclusividad es anular, en un momento demasiado temprano, las opciones para comprender. Permítaseme de nuevo utilizar mi trabajo como ejemplo. A saber, mi actual proyecto de un estudio comparado de la colonización británica y española en las Américas.

La envergadura misma de este proyecto significa que deberá depender casi enteramente de las investigaciones y de las publicaciones de otros. Conforme las he leído, me ha impresionado su carácter hermético. Los historiadores de la América española apenas y mencionan, al menos hasta la víspera de la Independencia, a las colonias británicas del norte. De manera semejante, los historiadores de la Norteamérica británica muestran escaso o ningún interés por los procesos contemporáneos al sur del Río Grande.

La historia norteamericana se ha hecho ciertamente tan especializada, que el historiador de Nueva Inglaterra parece estar a menudo apartado totalmente del historiador de Virginia. Una consecuencia consiste en la creación de un largo, permanente, y para mí, artificial debate en

²⁸ Para un reciente estudio véase Michael Kammen, "The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration", *American Quarterly*, núm. 45, 1993, pp. 1-43.

torno a si la cultura de los Estados Unidos se conformó más con el modelo de Nueva Inglaterra o con el de las colonias del sur. Desconozco si un debate semejante ha agitado a los historiadores de México y Perú tocante a la cultura de Latinoamérica. En todo caso, las razones que explican esta ausencia pudieran por sí mismas propiciar una especulación sugerente de carácter historiográfico comparativo.

La falta de voluntad de parte de la mayoría de los historiadores de la América británica e hispana para ver más allá de su propia sociedad, creo, les ha privado de oportunidades para sondear el proceso colonizador y efectuar un intento serio para identificar y explicar los elementos que pudieran haber sido, genuinamente, únicos dentro de una y otra sociedad colonial. Por otra parte, donde se hacen comparaciones hay la tendencia a apoyarlas en estereotipos. Por un lado se nos acusa de sustentar en el mundo colonial español el individualismo anárquico de la sociedad del conquistador permeado por valores aristocráticos y, por el otro, una ética del trabajo y un espíritu comercial característicos de quienes establecieron las colonias británicas al norte. Irónicamente, el único intento consecuente de comparar a las dos sociedades, el libro de James Lang, *Conquest and Commerce*,²⁹ tiende a reforzar los estereotipos al describir ambas sociedades de manera yuxtapuesta y clasificarlas bajo una u otra de tales etiquetas. Sin embargo basta con mirar más de cerca y los estereotipos se disuelven. Sabemos que los primeros pobladores de Jamestown fueron tan reacios a darse al trabajo duro como cualquier conquistador, mientras que los artesanos inmigrantes de la famosa sociedad conquistadora de la América española se dedicaron a ganarse la vida mediante el ejercicio de sus artesanías con tanta sobriedad y constancia como cualquier artesano británico.³⁰

Dada la obvia inadecuación de los estereotipos sugeridos por una clasificación de las sociedades conquistadora y comercial, es preciso promover una serie novedosa de variables que ayude a explicar las marcadas divergencias desarrolladas en el carácter de la América británica y española durante el periodo colonial. Esto deberá incluir diferen-

²⁹ *Conquest and Commerce: Spain and England in the Americas*, Nueva York, 1975.

³⁰ Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom*, Nueva York, 1975, cap. 4; James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560*, Madison, Milwaukee, Londres, 1968, cap. 6.

cias en los ámbitos poblados por los colonos, en la presencia y ausencia de grandes poblaciones indígenas y recursos minerales, así como en las tradiciones culturales y las políticas imperiales de las sociedades metropolitanas. Interviene también la importante consideración cronológica consistente en que el esfuerzo colonizador de Gran Bretaña empezó, en efecto, un siglo más tarde que el de España. El modelo se hace de inmediato infinitamente más complejo, si bien en el transcurso pone en agudo relieve ciertos rasgos de las sociedades coloniales que sus historiadores, cómodamente instalados en su propio mundo o caparazón familiar, pudieran en buena medida haber dado por hecho. El trato a los indios, por ejemplo, fue igualmente duro en la América británica y en la española. Sin embargo ¿por qué los ingleses se casaron o cohabitaron con tan poca frecuencia con la población autóctona en comparación con los españoles, y por qué no hubo un Bartolomé de las Casas inglés que defendiera la justicia para los indios?

No será fácil responder, pero creo que vale la pena. Además es el tipo de preguntas que sólo proviene de un análisis comparativo consecuente. Sin embargo, para ser útil, éste debe estar abierto y no intentar demostrar nada predeterminado. Ciertamente es al arrojar sorpresas y dirigir nuestra atención hacia lo inesperado, cuando la historia comparativa comprueba su valor con más efectividad.

Mis propias experiencias me han desengañado sobre los enormes retos que enfrenta cualquier aspirante a historiador que compara. A menudo, en verdad creo que escribir una historia comparativa consistente exige –y me permito una última comparación de mi cosecha– algo de la destreza requerida para tocar el acordeón. El historiador que compara, como el músico de acordeón, participa de un constante movimiento hacia adentro y hacia afuera que obliga a hacer converger las unidades de comparación, a divergir y luego a converger de nuevo. Los sonidos que emergen de este proceso algo laborioso pudieran a menudo parecerse un poco más que tentativos. Sin embargo son sonidos que, hoy más que nunca, merecen escucharse por encima de la cacofonía de voces históricas que compiten por hacerse oír.

Traducción de
Óscar Mazín y Paul Kersey